

La ciencia no atrae a los jóvenes

AUGUSTO BELÉNDEZ VÁZQUEZ

Es posible que dentro de un tiempo no dispongamos de suficientes investigadores

Dentro de unos días tendrá lugar en las universidades españolas el ritual que por estas fechas se repite todos los años: las pruebas de acceso a la universidad conocidas como 'Selectividad'. Con estas pruebas finalizan muchos días de estudio, preocupación y ansiedad acumulados durante los dos cursos de Bachillerato. La verdad es que yo no recuerdo que estuviera muy preocupado por la selectividad ni que me resultará muy traumático si acaso hay algo que me viene a la memoria es el calor a las cuatro de la tarde de un día de mediados de junio de 1981 en el antiguo edificio de Magisterio de Albacete, sin aire acondicionado y en el que se habilitaron los amplios pasillos como aulas improvisadas para poder realizar las pruebas. Bien es cierto que por aquel entonces bastaba con superar la selectividad para asegurarse una plaza en los estudios que uno quería realizar, salvo para Medicina que tenía *númerus clausus*.

Según el Real Decreto 1892/2008 que regula la prueba de acceso, su finalidad es valorar, con carácter objetivo, la madurez académica del estudiante, así como los conocimientos y capacidades adquiridos en el Bachillerato y su capacidad para seguir con éxito las enseñanzas universitarias oficiales de Grado. Con independencia de si se cumplen o no estos objetivos al aprobar la Selectividad, lo cierto es que el porcentaje de aprobados es siempre muy elevado. En junio pasado superaron la Selectividad el 95,65% de los presentados en la UA y el 96,78% en la UMH.

Es evidente que prácticamente todos los estudiantes que aprueban el Bachillerato superan la Selectividad entre junio y septiembre, pero también lo es que la prueba de acceso a la Universidad se han convertido más en un instrumento para clasificar a los alumnos según sus resultados y de esta clasificación depende, en gran medida, su futuro profesional. Es bien conocido que las mayores dificultades se encuentran en las titulaciones del área de ciencias de la salud en las que la demanda supera ampliamente a la oferta. En la UA el curso pasado era necesario un 7,76 para estudiar Enfermería y en la UMH un 8,75 para acceder a Medicina.

En muchas ocasiones me pregunto si estas pruebas de acceso cumplen realmente o no con sus objetivos y si no tienen incluso efectos colaterales importantes. Durante los cursos de Bachillerato suele utilizarse la Selectividad para que los adolescentes de entre 16 y 18 años estudien, metiéndoles «el miedo en el cuerpo» de que no podrán elegir carrera si no sacan buenas notas e impidiendo con ello que puedan disfrutar con el aprendizaje de las asignaturas que están cursando. A veces pienso que el Bachillerato, reducido ahora a dos únicos cursos, se ha convertido más en un periodo de entrenamiento para poder superar los exámenes de Selectividad que en esos años que deberían ser de «formación y adquisición de conocimientos y capacidades en diversas materias que permitan a los estudiantes alcanzar una cierta madurez académica».

Por otro lado, y desde mi punto de vista de científico, creo que la Selectividad también ha tenido un efecto colateral perjudicial sobre las titulaciones

Ciencias Experimentales, las cuales son bastante vocacionales. Es difícil en el Bachillerato poner de manifiesto la belleza de la Ciencia si sólo se entrena a los estudiantes a resolver un conjunto de «problemas tipo» de Física, Química o Matemáticas a veces muy aburridos, dicho sea de paso, o a memorizar temas extensos de 'Biología' o 'Geología'. Otros aspectos de gran importancia en las Ciencias Experimentales como las prácticas de laboratorio, la aplicación tecnológica de los desarrollos científicos, el papel de la ciencia en el bienestar social o la inclusión de cuestiones sobre el desarrollo histórico de las Ciencias son simplemente obviados dado que no 'entran' en el examen de Selectividad.

Pedro Miguel Echenique, Premio Príncipe de Asturias de Investigación Científica y Técnica en 1998, señalaba en un reportaje publicado en el diario El Correo el año pasado que «hemos fallado a la hora de transmitir la Ciencia como una aventura intelectual y humana y hemos puesto demasiado énfasis en el utilitarismo más inmediato». En el Bachillerato quizás el utilitarismo sea algo tan simple como «aprobar la Selectividad». No creo, en cualquier caso, que la necesidad de superar la

Selectividad sea el motivo de que haya disminuido drásticamente el número de estudiantes de carreras científicas y, aunque quizás pueda haber contribuido, hay otras causas más profundas. Según datos del Ministerio de Educación, desde el curso 1998-99 hasta el 2008-09 el número de estudiantes matriculados en las universidades españolas ha descendido en un 13.1%. En este mismo periodo, sin embargo, el número de alumnos en las carreras de Ciencias Experimentales ha disminuido en un 35,2%, mucho más que en las carreras de Humanidades donde este descenso ha sido del 22,7%. Las cifras son demoledoras. ¿Qué consecuencias a medio y largo plazo puede acarrear esta disminución? Es posible que dentro de un tiempo no dispongamos de suficientes investigadores en el campo de las Ciencias Experimentales que hagan que nuestro país sea competitivo en una sociedad como la actual cada vez más dominada por la Ciencia y la Tecnología. Como consecuencia tendremos que acabar importando investigadores de otros países como ya está sucediendo en los Estados Unidos. Además, esta disminución de titulados en carreras de Ciencias Experimentales también puede llegar a afectar a los futuros profesores de Ciencias de todos los niveles educativos.

Es cierto que las carreras de Ciencias requieren un mayor sacrificio que otras pues, como todo el mundo sabe, no son fáciles y además los jóvenes de hoy en día no son muy dados a los sacrificios. Pero no es menos cierto que muchas veces es responsabilidad de los propios profesores de Ciencias el que los estudiantes de Secundaria y Bachillerato no lleguen a percibir la importancia que tienen las Ciencias en nuestra vida cotidiana, que pueden resultar atractivas y hasta hacemos sentir una cierta pasión. Los responsables políticos, las sociedades científicas, las universidades y los profesores de Ciencias de todos los niveles educativos tenemos que empezar a poner soluciones. Si no lo hacemos pronto, quizás dentro unos años sea demasiado tarde.



IBARROLA